

Juan Duchesne Winter

*El mundo será Tlön.*

*Ciudadanía literaria caribeña y globalización:*

*Édouard Glissant y Luis Rafael Sánchez*

*En vano la tierra próxima nos traza su frontera.  
Una misma ola, por el mundo, desde Troya, rueda su cadera hacia nosotros.  
En un mar abierto, lejos de nosotros, nos fue impuesto este aliento.*

SAINT-JOHN PERSE

El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural) "idioma primitivo" de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa y llena de episodios conmovedores ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre —ni siquiera que es falso—. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... Una dispersa dinastía de solitarios ha cambiado la faz del mundo. Su tarea prosigue. Si nuestras previsiones no erran, de aquí a cien años alguien descubrirá los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön. Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön<sup>1</sup>.

---

1 Jorge Luis BORGES, *Obras completas* (Barcelona: Emecé, 1989), p. 443.

**U**na exégesis oblicua e irónica de estas palabras de Jorge Luis Borges quizás ilumine un poco el trazado de flujos que comunican la mundialidad literaria con la hipertrofia generalizada del capital a la cual llamamos globalización. La idea de una literatura global resulta tan charra y antiestética como la idea de una literatura local. Es un atrevimiento sádico llamar a alguien “poeta local”; incluso muy pocos aspiran hoy día al mote romántico de “poeta nacional”, pero constituiría un insulto inadmisibles recibir el calificativo de “poeta global” o, peor aún, “poeta de la globalización”.

La literatura había instaurado su dimensión mundial, a partir del mero acto de su enunciación y a partir de sus propios referentes, mucho antes de que hace ciento cincuenta años Marx y Engels vincularan el espacio literario a la fiebre global del capital. Aseguraban ellos, en su famoso manifiesto sobre fantasmas, que la “producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas”, que la “estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles”, y concluían que “de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal”<sup>2</sup>. No anunciaban nada insólito, sino una verdad que la literatura había proclamado milenios antes de que ella misma hubiera ayudado a inventar esa comunidad imaginaria, de corte muy europeo, que se llama “la nación”. La mundialidad literaria pasa (de modo oblicuo) por el lado de la globalización y le dice siempre: “Hasta la vista, *baby*”. La literatura adelanta sus propios pasos en un suelo propio que se colma de paradojas tales como la de no contar siquiera con una lengua propia. Ese “idioma primitivo” al que se refiere el cronista de Tlön, es decir, el idioma de la literatura, es estrictamente conjetural. La literatura, aun aquella literatura oral que confiaba el habla a los protocolos precarios de la memoria, se aleja de toda lengua propia al eslabonar cadenas de letras, escrituras, en las cuales el habla es más verdadera en cuanto mejor *finje* ser verdadera<sup>3</sup>. En dicho juego de artificios, de marcas y espacios, toda lengua propia, todo dialecto íntimo, todo idiolecto secreto, incluida la lengua nacional que un escritor podría habitar como “suya”, se torna en otra lengua. La invención literaria se realiza desde su primer acto como traducción y traición de una lengua

2 Carlos MARX y Federico ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista* (Pekín: Editorial de Lenguas Extranjeras, 1973), p. 38.

3 “El poeta es un fingidor”, siempre nos recuerda Fernando Pessoa, “finje tan completamente / que hasta finje que es dolor / el dolor que en verdad siente”. Fernando PESSOA, “Autopsicografía”, en: *Sobre literatura y arte* (Madrid: Alianza, 1985), p. 127.

materna. Es en ese sentido que todas las literaturas inevitablemente nacionales o locales se reúnen en la invocación de una Babel mundial: comparten el objeto de su conjura, conspiran para crear un universo conjetural, “lleno de episodios conmovedores”, en el cual no existe una lengua propia pero todas las lenguas son la propia. Quizás ése sea el “idioma primitivo” al que alude el narrador borgesiano.

En ese “idioma” funambulesco y paradójico, que nos encanta “por su rigor”, se puede afirmar con toda entereza el par de proposiciones que ocupan el pertinente ensayo de Jacques Derrida titulado *El monolingüismo del otro o la prótesis del origen*. Allí Derrida pone a bailar dos proposiciones igualmente sostenibles y verdaderas, a pesar de su aparente incompatibilidad: 1. Nunca se habla más que una sola lengua; 2. Nunca se habla una sola lengua<sup>4</sup>. La evasividad continua frente al monolingüismo que Derrida le adjudica a cualquier hablante de este mundo podemos atribuírsela a cualquier lector, personaje o autor que habite el mundo literario, es decir, podemos decirla de cualquier ciudadano de Tlön.

Todos hablamos en plural, hablamos en lenguas —explica Derrida—: aunque te confines en la sola lengua que te acepte el pronombre posesivo, la “tuya”, esa sola lengua siempre será bífida, es decir, será una bilengua. El poder siempre codifica y regimenta una lengua que será “tuya” entre comillas. Siempre hablarás *tu* lengua, por un lado, y además la “tuya”, entre comillas, ésa que resulta del coloquialismo; pues “toda cultura” —dice Derrida— “es originariamente colonial. No consideremos únicamente la etimología para recordarlo. Toda cultura se constituye por la imposición de alguna política de la lengua”<sup>5</sup>. Creo que la doble proposición de Derrida se puede leer así: 1. Siempre hablarás una sola lengua, la que tienes que inventar como “tuya”; 2. Siempre hablarás otra lengua, la que te impondrán como “tuya”.

En el origen pretendidamente natural y espontáneo de una lengua nacional siempre se acomoda una prótesis política cosméticamente invisible. Pocos quisimos comprender al intelectual puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones cuando hace unos años rechazó la ley que declaraba por primera vez al español como único idioma oficial de Puerto Rico. Cierta ideología nacional de la lengua nos impidió discernir la sutileza del argumento de Arcadio Díaz Quiñones. Él argumentaba, con toda razón, que en el Caribe el español es un idioma tan colonial como el inglés; que su modelo mono-

4 Jacques DERRIDA, *El monolingüismo del otro o la prótesis del origen* (Buenos Aires: Manantial, 1997), p. 19.

5 *Ibid.*, p. 57.

lingüista y homogeneizante heredado de la colonización española, nos resulta tan extranjero en Puerto Rico como propio podría ser el inglés bilingüista y heterogéneo forjado en las migraciones puertorriqueñas y caribeñas. La ley del idioma oficial único impondría entonces, en ese caso, una lengua española muy “nuestra”, en desconocimiento de esa otra lengua caribeña todavía más “nuestra”, dialectalmente heterogénea y expuesta al bilingüismo, que históricamente forjamos frente al monolingüismo del otro. “¿Qué alcance tiene la definición del idioma único ante la hibridez y la mezcla del español, del inglés y del *spanGLISH* que se oye en Bayamón, en Puerto Nuevo o en Union City?”<sup>6</sup>, interrogaba Arcadio Díaz Quiñones. Así, invitaba a defender “una nacionalidad abierta”, rechazaba la “temible utopía” autoritaria de la lengua única y proponía el horizonte multilingüe ofrecido por las literaturas del Caribe. Díaz invocaba una ciudadanía caribeña al tiempo que nombraba, en autores como Derek Walcott, Saint-John Perse y Lezama Lima, una ciudadanía literaria. Demasiado preocupado en problematizar cierto concepto de la memoria, y todavía ceñido a la autoridad de la ciudadanía nacional, yo, por ejemplo, fui uno de los lectores que no escucharon en ese momento la convocatoria multilingüe de Arcadio, predicada en el espacio del Caribe y en su literatura. Ese espacio constitucionalmente híbrido nombra siempre una ciudadanía mundial. Pero hay que disponerse a escuchar su bilengua o, mejor, su multilengua.

El Caribe ha participado de modo muy extrovertido, desde los inicios del sistema mundial capitalista, en el llamado proceso de globalización, y ha hablado también, de manera un poco más secreta, la “lengua primitiva” y conjetural de Tlön. No esgrimo aquí la premisa caribeñocéntrica de que nuestra región constituye algo así como el escenario privilegiado de la globalización y que por ende su literatura debe oficiar de vanguardia mundial de la “globalización literaria”. Dios nos libre de ese histrionismo tan moderno. Sólo pretendo trazar los flujos de sentido que permiten vincular o, mejor, asociar, de manera muy conjetural, la mundialidad literaria caribeña a la más reciente fase globalizadora del capital. La metáfora borgesiana de Tlön, de ese orbe imaginario inventado a partir de una lengua conjetural que siempre se multiplicaría frente a sí misma, dados sus espejantes rigores de invención y encantamiento, delinea los contornos imaginarios de este ejercicio.

Quizás nunca sea innecesario recordar que el sistema capitalista nace hace siglos en la apertura global misma de los flujos de mercancías, valores y fuerza de trabajo.

---

6 Arcadio DÍAZ QUIÑONES, *La memoria rota* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1993), p. 144.

Su tendencia siempre ha sido internacionalizante; ante sus axiomas inexorables se doblegan todas las barreras y diferencias estamentales, locales y nacionales, aun aquellas establecidas bajo fases previas de su propio movimiento. En ese sentido el impulso del capital global contiene un vector homogeneizador, pero también aparece un vector heterogeneizante al revelarse las nuevas rupturas y recombinaciones que su orden axiomático impone. Los regímenes nacionales surgidos al calor de anteriores fases de globalización del capital, por ejemplo, homogeneizaron o pretendieron homogeneizar los variados códigos y formaciones coexistentes en ciertos territorios, pero al propio tiempo crearon nuevas heterogeneidades. Ahora esas formaciones nacionales diferenciadas se modifican y pierden su carácter específico en las nuevas fases de globalización; es decir, ciertos ámbitos parecen homogeneizarse, pero surgen otras diferenciaciones que establecen nuevas cartografías.

El nacionalismo, por ejemplo, no desaparece, sino que se redefine en función de nuevos segmentos simbólicos y nuevas exclusiones que, a fin de cuentas, se adaptan muy bien a los axiomas del capital que hoy segmentan de otras maneras los mercados, bajo disciplinas reforzadas. Las naciones-estados de hoy, por ejemplo, pierden su función soberana de arbitraje y representatividad, pero continúan disciplinando y regulando a las poblaciones dentro de un imaginario nacional dado. En otras palabras, el nuevo nacionalismo y sus corolarios culturalistas, frutos paradójicos de la globalización, se venden muy bien al ajustarse a los nichos diferenciados del mercado de trabajo y del consumo que hoy precisa el orden global. Tomemos un caso concreto en el Caribe: ¿de qué le sirve al capital estadounidense un Puerto Rico incorporado al sistema federal donde las empresas deben cumplir con parámetros validados por ese sistema en la isla, tales como unos derechos civiles, un salario mínimo y unas legislaciones laboral y ambiental mucho más exigentes que en el resto del Caribe? Mejor resultaría explotar un dócil estado nacional isleño formalmente independiente con salarios bajos, derechos civiles limitados y unas legislaciones laboral y ambiental domeñadas<sup>7</sup>. Es en ese sentido que, paradójicamente, el poder puede endosar la consigna cultural nacionalista desde las necesidades del mercado global. Asimismo, como lo demuestra Arlene Dávila, importantes corporaciones transnacionales financian hace

---

7 Véase Ramón GROSGOUEL, "The Divorce of Nationalist Discourses from the Puerto Rican People: A Sociological Perspective", en: Frances NEGRÓN-MUNTANER y Ramón GROSGOUEL (eds.), *Puerto Rican Jam. Rethinking Colonialism and Nationalism* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997), pp. 57-76.

años, en Puerto Rico, la poderosa iconología publicitaria de un nacionalismo banal y folklórico<sup>8</sup>.

Si hablamos estrictamente, ni ahora ni antes ha existido una cultura global ni ésta puede existir como tal. La cultura es, por definición, práctica de localización, demarcación y significación del tiempo—espacio. Aculturar es trazar, cultivar, acariciar, reproducir la marca apropiante sobre el tiempo—espacio. Los llamados productos globales de la cultura son más bien transculturaciones, desplazamientos y redefiniciones de los signos; esos productos, muchas veces prediseñados y estandarizados por la industria masiva de la cultura, devienen culturales sólo en cuanto sus practicantes los particularizan y desestandarizan en sus respectivos circuitos espacio—temporales. Claro está, siempre permanece en el horizonte de las anti—utopías la posibilidad de que la cultura desaparezca dentro de sus propios simulacros estandarizados de diferencia, tal como lo pronostican, por ejemplo, Jean Baudrillard y Paul Virilio.

Tan sólo insinuar una cultura global o una literatura global nos provoca una gran sosera. Sin embargo, la mundialidad literaria constituye una empresa interminable de multiplicación de los mundos, y de ninguna manera se ciñe a la globalización. Cabe soñar un porvenir mundial de la cultura y de la literatura; sobre todo de la literatura, pues constituye la extraordinaria y única actividad en que la lengua habla a los sentidos y al pensamiento y los multiplica en sus espacios infinitos. Este porvenir se deja escuchar en las voces de la multiplicidad más que en la voz monológica del poder. Su ciudadanía corresponde más a una nueva Babel que a las regimentaciones ideológicas propias del mercado global. Si bien ni la literatura caribeña ni ninguna otra pueden sobrevivir en el aislamiento, tampoco tienen por qué someterse a los nuevos nichos mercantiles. ¡Ay de aquellos que se ajustan a la oferta y demanda de U. S. Latino Writers para leer o escribir o cumplen sin ironía y sin truco con las especificaciones mercadeables de la *Tropical Passion* de las Caribbean Islands! Quizás a otras estrategias oblicuas disponibles ante semejantes opciones se refiere el poeta martiniquense Édouard Glissant cuando responde: “Es posible construir la torre en todas las lenguas”<sup>9</sup>. Habla, por supuesto, de la nueva Babel, de una nueva relación y una nueva seducción.

8 Arlene DÁVILA, “Contending Nationalisms: Culture, Politics, and Corporate Sponsorship in Puerto Rico”, en: NEGRÓN-MUNTANER *et al.*, *op. cit.*, pp. 231–242.

9 Édouard GLISSANT, *Poetics of Relation* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1997; trad. de Betsy Wing), p. 109.

Aquel Caribe adormecedor, abundante en brisas cálidas, pleno de playas, de cocoteros, poblado por rítmicos y apasionados, aunque apacibles, pescadores y campesinos mulatos, si existió alguna vez, al menos como esbozo tipificable, ya desapareció en casi todas partes. Esa visión todavía se reproduce, casi al natural, es cierto, en los escenarios temáticos *ready-made* de la industria turística. Pero el Caribe de los noventa es una de las regiones más urbanizadas y deforestadas del planeta, con una población proliferante, explosiva y heterogénea que participa en uno de los flujos más amplios e intensos de valores, mercancías y trabajo de todo el globo. Durante esta segunda mitad de siglo, la economía de exportación agrícola de la plantación, el monocultivo o la gran hacienda, ha cedido en la mayoría de las islas ante una economía de exportación intensa de manufactura y de mano de obra. Ante la reciente desindustrialización y el incremento del desempleo, ha crecido más aún el índice de migrantes hacia las ciudades globales de Norteamérica y Europa. Las cifras son surrealistas: la población migrante martiniquense, residente en la metrópoli francesa, por ejemplo, equivale a casi el 50% de la población total de la isla. En el caso de Puerto Rico, dicho sector metropolitano, residente en Estados Unidos, equivale al 75% del total isleño. La ciudad donde más puertorriqueños residen hoy día no es San Juan, sino Nueva York. Patrones similares, aunque menos acusados, se reiteran en países como Surinam, Jamaica, República Dominicana y otros. En Jamaica casi el 60% de los hogares cuenta con al menos un integrante de la familia residente en las metrópolis estadounidenses o europeas; en República Dominicana, la proporción alcanza un 76,7% de los hogares. Por otra parte, según datos recientes, la población económicamente activa en la agricultura se ha reducido en casi todo el Caribe a la mitad de la que existía en los años cincuenta y sesenta. En Martinica se ha reducido al 7,5% de la población activa; en Puerto Rico, al 3,6%. La agricultura no contribuye ni al 10% del producto nacional bruto en lugares como Jamaica, Guadalupe y Martinica. En Puerto Rico no pasa del 3%. Por otra parte, una gran proporción del ingreso nacional deriva de las remesas individuales enviadas a sus familias por los residentes caribeños de las metrópolis. En Jamaica estas aportaciones equivalen al 21% del total de los ingresos obtenidos en exportaciones de bienes y servicios. En Haití equivalen al 34%<sup>10</sup>. En muchos lugares del Caribe, en especial los que reflejan las ten-

---

10 Confróntense estos y otros datos similares en: GROSFUGUEL, "Depeasantization and Agrarian Decline in the Caribbean", en: Phillip MCMICHAEL (ed.), *Food and Agrarian Orders in the World Economy* (Westport, Connecticut y Londres: Praeger, 1995), pp. 233-253; GROSFUGUEL, "Migra-

dencias más agudas de acoplamiento excéntrico a los flujos internacionales del capital, en los cuales se produce, cuando se produce, sólo para exportar, y casi todo lo que se consume se importa, es problemático hablar de economías nacionales. En uno de los casos más surreales, como el de Puerto Rico, incluso se debate si existe, a estas alturas, algo que se asemeje a una economía nacional<sup>11</sup>.

Todo lo anterior comporta que muchos perciban en el Caribe uno de los escenarios más visibles y expuestos de la globalización. Allí, además de las imágenes que configuran el insomne espectáculo transnacional de las teletecnologías en todas las regiones del mundo, además de los símbolos y las mercancías, se agregan al flujo, en volumen impresionante, los propios cuerpos de los caribeños que circulan entre Europa, Norteamérica y las costas del mar Caribe. La literatura caribeña no tiene por qué “reflejar” esa “realidad”, ni en primera ni en “última instancia”, según decían los sociólogos de la literatura, pero sí está destinada a seducirla, a excederla al engendrar sus monstruos y laberintos imaginarios. Quiero comentar sobre dos escritores que han seducido y excedido al menos dos trampas de la realidad caribeña: el poder y la raíz de la identidad.

¿Qué del poder y de la raíz identitaria? Hagamos un breve aparte. En primer lugar, optar por la seducción, antes que por el poder. “¿Dónde está la dialéctica del amo y del esclavo cuando el amo es seducido por el esclavo, cuando el esclavo es seducido por el amo?”<sup>12</sup>: esta pregunta de Jean Baudrillard serviría de embocadura a su teoría de la seducción. Según él, el juego de la seducción es más fuerte que el poder. “¿Quién puede oponerse a ella?”, interroga Baudrillard. “Lo único que verdaderamente está en juego se encuentra ahí: en el dominio y la estrategia de las apariencias, contra el poder del ser y de la realidad. De nada sirve jugar el ser contra el ser, la verdad contra la verdad: ésa es la trampa de una subversión de los fundamentos, mientras que basta con una *ligera* manipulación de las apariencias”<sup>13</sup>.

En segundo lugar, ¿para qué la raíz? “No tengo problemas con tener raíces”, decía Gertrude Stein, “siempre que pueda cargar con ellas a todas partes”. Según

---

tion and Geopolitics in the Greater Antilles”, en: *Review* (invierno de 1997), pp. 115–145; WORLD BANK, *World Tables 1995* (Baltimore y Londres: John Hopkins University, 1995), pp. 335 y 379.

11 Véase: Jaime BENSON ARIAS, “Puerto Rico: The Myth of the National Economy”, en: NEGRÓN-MUNTANER *et al.*, *op. cit.*, pp. 77–94.

12 Jean BAUDRILLARD, *De la seducción* (Madrid: Cátedra, 1989), p. 165.

13 *Ibid.*, p. 17.

14 Agradezco la cita a mi amiga la poeta Lilliana Ramos, quien la mencionó en charla personal.

Deleuze y Guattari, la metáfora de la raíz, tan importante en la cultura occidental, es demasiado fija: por más que prometa lo múltiple, siempre remite a la unicidad del tallo, siempre mantiene una estructura binaria en su base. Ellos proponen sustituirla por el rizoma, estructura completamente múltiple hallada en los tubérculos, en la grama y en muchas malas yerbas. El rizoma no tiene ningún centro que sea su único tallo, una fibra lleva a otras fibras o a más de un tallo o de nuevo a la tierra; en fin, resumen Deleuze y Guattari, “el rizoma conecta cualquier punto con otro punto cualquiera”<sup>15</sup>.

El poeta martiniquense Édouard Glissant, en su fascinante *Poética de la relación*, recoge de manera muy creativa esta noción del rizoma. Pero, para empezar, Glissant critica el aspecto demasiado errático de la metáfora del rizoma, la asocia al ideal proto-hippy, romántico, de la bohemia parisina de los sesenta. Los pueblos caribeños de la diáspora necesitan una metáfora visual un poco más ajustada a su experiencia. Glissant entonces adopta un ideograma de posible origen africano, una especie de tallo fibrilar que echa raíces por sus dos extremos<sup>16</sup>. El rizoma llegó a convertirse para Deleuze y Guattari en ícono de su otra noción, el *nomadismo*. Pero el nomadismo, según Glissant, cuando no se aproxima demasiado al desplazamiento de las hordas conquistadoras de Occidente, remite al movimiento circular de los pueblos sin historia. Entonces Glissant inventa el concepto caribeño de la *errancia*. La errancia de Glissant aduna una visión alterna que problematiza tanto la metáfora de la raíz como las estrategias del poder en el contexto del Caribe. La cuidadosa intuición de Glissant insiste una y otra vez en esta conexión entre el poder y la ideología cultural de la raíz.

Glissant sugiere, por ejemplo, que el poder europeo exportó a América el valor de la raíz y lo impuso sobre aquellos pueblos que su colonización precisamente había desarraigado. Me permito interpretar y extender su razonamiento de la siguiente manera. Irónicamente, aquellos responsables por el desarraigo son los que les imponen a los desarraigados el requisito de tener raíces, de tener raíces en el sentido en que los amos las definen. “Usted no tiene raíces, usted no es nadie”, le dice el poderoso al esclavo o al colonizado. ¿Cómo las iba a tener? La identidad se impone entonces al caribeño negro, mulato y mestizo, a partir de una usurpación gracias a la cual se le transfiere, en un doble gesto, toda la carga de su propia victimización cultural. Así, el

15 Gilles DELEUZE y Félix GUATTARI, *Mil mesetas* (Valencia: Pretextos, 1988), p. 25.

16 GLISSANT, *op. cit.*, p. 5. Empleo aquí mi propia versión al español de las citas de este libro.

dominador obliga al caribeño a definir su identidad exclusivamente dentro de una estructura de oposición que lo enfrenta siempre, cual a un espejo, al modelo occidental de la identidad. Glissant lo sintetiza de este modo urgente:

Mientras la noción occidental se presente antes que nada como el ente opuesto, para los pueblos colonizados su identidad será primariamente “lo que se opone a”; esto es, estará limitada desde el comienzo. La descolonización completará su verdadera tarea cuando vaya más allá de este límite.

La poética cultural de Glissant persigue relaciones que vayan más allá de una identidad exclusivamente antagonista estructurada por un eje de oposiciones. Glissant busca una autopercepción del Caribe que trascienda el dualismo nativo-extranjero que nos obliga a ser extraños en los propios ámbitos en que la diáspora colonial nos lanza continuamente (y con renovada intensidad en esta época de globalización). El caribeño debería apoderarse psíquica y culturalmente, si mal no interpreto a Glissant, de todos los espacios de su errancia, reconocer en ellos su múltiple raíz. Pero Glissant advierte que esa búsqueda debe pasar primero, siempre, por un reconocimiento de las diferencias. Las diferencias se reconocen en una multiplicidad que disemina nuestras raíces. Esa multiplicidad no destruye las raíces sino que las transforma creadoramente en una relación, en una totalidad abierta. De ahí la poética de la relación. La relación, como toda poética, construye y crea. De ahí también que el estatuto caribeño moderno corresponda, no al exilio, sino a la errancia. La esclavitud comenzó con un exilio, la descolonización comienza con una errancia. Para Glissant, la errancia es, por definición, multilingüe, y se opone, sobre todo, al monolingüismo usurpador impuesto por el poder. La errancia, en fin, establece una relación continua entre los puntos de partida y los de llegada. Diríamos que en la errancia el camino no sólo se hace al andar. El verso de Machado, así sin más, correspondería al nomadismo bohemio. Pero en la errancia el camino se hace en la relación entre el partir, el andar y el llegar: todo compone una memoria global de la diáspora. La errancia no ignora los polos, sino que los integra y los prolifera más allá de las estrictas dualidades. Es por eso una forma de multiplicar los mundos imaginarios.

La errancia caribeña, en tanto estrategia cultural de los pueblos caribeños lanzados a las travesías, los cautiverios, las migraciones y los mestizajes, según lo poetizado por Glissant, transforma todo ese repertorio del dolor, la promiscuidad y el amor, en una estrategia de la seducción que desconcertaría las estrategias del poder. El poder

apuesta a la permanencia. La estrategia del poder consiste en fijar fundamentos, límites, purezas, identidades, exclusiones, oposiciones. Pero la seducción juega con todo ello y se las juega en el tanteo táctico, en la finta, en el gesto, pues ella es un movimiento que se recrea en el propio encanto con que se desplaza.

Algunos años antes que Édouard Glissant dictara en Francia, en Martinica y en Estados Unidos, en su amada lengua francesa, sus primeros informes poéticos sobre la errancia, un gran seductor de la prosa en lengua española, Luis Rafael Sánchez, publicaba en Puerto Rico la crónica de la diferencia caribeña transformada en eferescencia, a treinta mil pies de altura sobre la superficie del globo, entre San Juan y Nueva York, si es que nos queremos referir a la globalización. En su ensayo narrado *La guagua aérea*, Luis Rafael Sánchez adelanta su propia versión de la complicidad entre la errancia y la vocación seductora.

Édouard Glissant, en uno de los pocos escenarios narrativos de su serie de ensayos sobre la errancia, toma como punto de partida la travesía atlántica del cautivo africano: "Imagínense a doscientos seres humanos apiñados en un espacio apenas capaz de contener a una tercera parte de ellos. Imagínense el vómito, la carne desnuda, las liendres, los muertos arrumbados, los vivos acuclillados"<sup>17</sup>. La descripción concluye mencionando el vértigo que provocaba el fondo del océano al que iban a parar los cautivos muertos durante el trayecto. Glissant invoca el vértigo fundacional del exilio. El exilio es un vértigo y una fascinación. Sánchez describe en *La guagua aérea* otra travesía, de apenas tres horas, de los descendientes coloniales y mestizos de aquellos cautivos, a treinta mil pies sobre el nivel de aquel mismo mar. Otro flujo, en otras direcciones, que, sin embargo, traba una misma relación y una misma memoria total en los pueblos del Caribe. *La guagua aérea* es una lítote o figura reductiva que bien consigna la constricción del tiempo y el espacio operada bajo esta otra globalización de la errancia.

En el ensayo de Luis Rafael Sánchez, la diaforia del exilio, es decir, la ley de la distancia, se trueca en euforia de la errancia. La errancia caribeña adivina en las formas barrocas de la lejanía el itinerario de sus encuentros más íntimos. La errancia contiene gran fuerza y gran seducción. Ambas cosas vibran en el lenguaje literario de Sánchez. El escenario del relato es la sucesión insomne de vuelos que casi a cada media hora despegan de —y aterrizan en— San Juan y los aeropuertos de las princi-

---

17 *Ibidem*.

pales ciudades de Estados Unidos, con cientos de viajeros puertorriqueños a bordo. Casi tres millones de puertorriqueños habitan en la metrópoli estadounidense. Casi cuatro millones habitan en la isla de Puerto Rico. La población puertorriqueña residente en el llamado "exterior" equivale a un 75% de la parte residente en territorio de Puerto Rico. Este cuadro demográfico suscita la doble pregunta: ¿cuál es el exterior del territorio, cuál su interior? ¿Existe un "afuera" nacional cuando en cualquier momento casi todos están afuera?

La hipertrofia acelerada de los medios de transporte y de comunicación permite un flujo ininterrumpido, y poco menos que instantáneo, de cuerpos, voces y caricias entre los distintos puntos de la errancia puertorriqueña. Se estima que más de un millón de personas, presumiblemente puertorriqueños, llegan o salen anualmente del aeropuerto de Isla Verde, en San Juan. Es decir, casi una tercera parte de la población de un país fluye cada trescientos sesenta y cinco días entre ese supuesto afuera y ese supuesto adentro. Los demógrafos federales estadounidenses han bautizado este fenómeno como el *merry-go-round* o carrusel puertorriqueño. Muchos días lunes he tenido que excusar en mis clases las tardanzas, por varios minutos, de estudiantes que se han demorado un poco en regresar de la visita a la casa de una amiga o de un pariente que vive en Orlando o en Boston. Es decir, se les ha demorado un poco la guagua aérea, el autobús aéreo.

En su ensayo-crónica *La guagua aérea*, Luis Rafael Sánchez reconoce el vértigo de la separación y del desplazamiento; también reconoce la fisonomía exacta de la diferencia, el conflicto étnico y el prejuicio que se padecen en la diáspora permanente. Pero el afán poético del escritor es captar la fuerza, la seducción que desarticula toda estrategia de poder. El relato comienza cuando una azafata descubre durante el vuelo a dos cangrejos vivos que se escapan del equipaje de mano de un pasajero puertorriqueño. Ella lanza un grito de espanto. Se pensaría en un secuestro terrorista o algo peor, al ver gritar a quien el texto describe como la "gélida blonda" azafata, pero los pasajeros estallan en carcajadas nerviosas cuando descubren que dos cangrejos isleños fugitivos constituyen el motivo de la alarma que cunde por unos microsegundos en la tripulación blanca anglosajona. Recordemos la travesía primigenia de los cautivos africanos sobre el abismo del mar Atlántico. Las carcajadas lacrimosas desahogan obviamente una intranquilidad ancestral, lo que el escritor trinitario V. S. Naipaul llama "el nerviosismo" permanente del colonizado. El narrador del relato cartografía de este modo la endémica inseguridad del territorio racial:

La intranquilidad azuza el discurso patriótico y el contrainterrogatorio anxio-nista, los chistes de color a escoger y su recepción ruidosa, las quince guiñadas de los lanzados mujeriegos y los coqueteos de las lanzadas hombreriegas. La intranquilidad azuza la confesión a que se entregan los pasajeros de la guagua aérea —pues la autobiografía seduce a los puertorriqueños tanto como el amistar repentista y sin cuidado—. La intranquilidad la engorda el recuento de las humillaciones sufridas por los puertorriqueños en el *cross town* y el *elevator*, el *fuckin' job* y la universidad liberal, la *junkería* del judío. Eso sí, humillaciones ripostadas con elocuencia, pundonor natural y carácter. La intranquilidad, en fin, tiende una raya, invisible pero sensible, entre el bando de los gringos y el bando de los puertorriqueños. Precisa la raya, con discutible opinión, la mulata que nutre el bebé con los caldos de una caldosa y radiante teta [y dice]: “Mientras más rubias más pendejas”.<sup>18</sup>

Yo agregaría a la opinión de la madre mulata, a quien corresponde, en su mulatez y en su maternidad, establecer la medida de la palabra, que la raya siempre móvil, siempre presente, de la diferencia, en vez de contener las diferencias tal como lo exigiría el poder, las engendra y multiplica sin respetar las identidades territoriales.

El relato luego nos presenta al capitán de la nave, quien, en el nerviosismo que le provoca la inseguridad del territorio humano errante (Naipaul olvida mencionar el nerviosismo del poder), solicita que se identifiquen todos los pasajeros. Solicitar la identidad es otra ironía. Este otro brote de nerviosismo provoca mayor hilaridad. La nave surca el aire a treinta mil pies de altura con un cargamento de risas, nervios, voces, anécdotas del dolor y del goce de la migración, seducciones correspondidas y no correspondidas. El relato despliega, en sus retazos y *collages* de diálogos, todos los matices de una lengua íntima de la errancia. “Abunda”, resume el texto, “la cordialidad dicharachera y ruidosa, confianzuda y que efervesce”<sup>19</sup>. Establecen la nota rítmica del viaje la elocuencia, la invención poética y el deseo. Todo el efecto, por supuesto, es fruto del lenguaje literario de Luis Rafael Sánchez, uno de los más elocuentes cultivadores de ese idioma mundial del Caribe, ese idioma primigenio de la imaginación en el cual, como diría el cronista borgesiano de Tlön, nunca el francés, el inglés o el español son el mero francés, el mero inglés o el mero español, sino algo que los excede.

18 Luis Rafael SÁNCHEZ, *La guagua aérea* (San Juan: Editorial Cultural, 1994), p. 13.

19 *Ibid.*, p. 17.

Si siguiéramos un poco más lejos la teoría de la relación de Glissant, aunque sólo fuera por amor a la forma, podríamos decir que esta nave, en contraste con la nave de los cautivos, alegoriza otra etapa en la historia de la relación caribeña, la ensoñación de un destino total y mundial que nada tiene que ver con el poder global ni la fascinación totalitaria. Para calificar ese destino me resisto aún a emplear la palabra “liberación”, hoy día desgastada por las estrategias del poder. Prefiero —ya debe ser obvio— la palabra “seducción” o cualquiera otra similar. Glissant aduce que la búsqueda caribeña posee una historia de varias fases imaginarias, a saber: 1. *El pensamiento del territorio y el yo* (fase dual, de la esclavitud, la plantación y los amos); 2. *El pensamiento del viaje y el otro* (fase inicial de la industrialización y las migraciones); 3. *El pensamiento de la errancia* (fase múltiple de la relación y el circuito transterritorial de la diáspora)<sup>20</sup>.

No pretendo ajustarle teorías al texto de Luis Rafael Sánchez, sólo persigo coincidencias poéticas dictadas por el ritmo secreto del pensamiento. Pero podríamos leer el texto de *La guagua aérea* como si iluminara, en el espacio nocturno de nuestros viajes, las perspectivas caribeñas que venimos ensayando aquí.

“¡Cuántos universos atraviesan los puertorriqueños cuando atraviesan la caverna celestial”<sup>21</sup>, exclama el cronista del ensayo. La mundialidad abierta de esos universos desafía muchas estrategias e identidades establecidas, convoca un lenguaje primigenio que habita la conjetura y la imaginación y que informa la táctica del deseo y del encanto, más que las certezas del conocimiento. Quizás nuestras más elocuentes y alucinantes voces del Caribe, voces éstas entre las que se cuenta la de Luis Rafael Sánchez, constituyan tantos otros ciudadanos secretos de ese planeta imaginario —que invade el mundo— llamado Tlön.

Terminemos con un “videoclip” textual tomado de *La guagua aérea*:

La vecina de asiento me mira como si regañara mi repliegue súbito en el abismo, la noche, los pulmones del bebé. La vecina de asiento me recrimina, con la mirada, el olvidar que en la guagua aérea se impone el diálogo corrido y sin tapujos. La vecina de asiento me mira para cobrar la pregunta que le debo. Como no soy hombre de deudas le pago a continuación: “¿De dónde es usted”. Unos ojos rientes y una

20 GLISSANT, *op. cit.*, p. 18. En los paréntesis de esta paráfrasis añado cualificaciones basadas en mi propia interpretación de Glissant.

21 SÁNCHEZ, *op. cit.*, p. 19.

fuga de bonitos sonrojos le administran el rostro cuando me contesta: “De Puerto Rico”. Lo que me obliga a decirle, razonablemente espiritista: “Eso lo ve hasta un ciego”. Como me insatisface la malicia inocente que le abunda el mirar, mirar de tal pureza que le hace cosquillas a mis ojos, añado, copiándole el patrón interrogador: “Pero ¿de qué pueblo de Puerto Rico?”. Con una naturalidad que asusta, equivalente la sonrisa a la más triunfal de las marchas, la vecina de asiento me contesta: “De Nueva York” [...].

Parece, claro está, un manoseado lugar común o un traspíe geográfico. Parece, sin lugar a dudas, una broma. Parece una hábil apropiación. Parece la dulce venganza del invadido que invadió al invasor [...].

Es la historia que no se aprovecha en los libros de Historia. Es el envés de la retórica que se le escapa a la política. Es el dato que ignora la estadística. Es el decir que confirma la utilidad de la poesía. Es la recompensa a la zozobra de los miles de compatriotas que vieron la isla desaparecer, para siempre, desde la borda del vapor Coamo y la borda del vapor Marine Tiger. Es la reivindicación de los miles de compatriotas que subieron, alelados y pioneros, a las catorce horas de aflictivo encierro en las antiguas y tembluzcas máquinas de volar de la Pan American World Airways. Es la reclamación legítima de un espacio furiosamente conquistado. ¡El espacio de una nación flotante entre dos puertos de contrabandear esperanzas!<sup>22</sup>

Definitivamente, puedo repetir con Jorge Luis Borges, “el mundo será Tlön”.

---

22 *Ibid.*, pp. 20–22.